

**Jesús Francisco Torres-Martínez. *El Cantábrico en la Edad del Hierro. Medioambiente, economía, territorio y sociedad***  
**Bibliotheca Archaeologica Hispana, 35, Real Academia de la Historia, Madrid, 2011**  
**ISBN: 978-84-15069-28-7**

Esta obra es la readaptación de la tesis doctoral del autor, investigador que ha dedicado la mayor parte de su actividad profesional al área que anuncia el título, y contiene prácticamente íntegro la mayor parte del esfuerzo que ha invertido hasta la fecha sobre el área y el tiempo a los que ha abogado su vida como arqueólogo. Salvo en la dedicatoria y en alguna muy puntual expresión en los apartados introductorios, Torres no inyecta ningún tipo de lirismo subjetivo a lo que escribe, ni comete el pecado de, movido por las emociones que le pueda contagiar la tierra de su infancia, salirse del camino acotado por el método de investigación más riguroso. El libro ha sido editado por la Real Academia de la Historia, y se trata de un volumen grueso, con más de seiscientas páginas de gran tamaño, plagado de ilustraciones bien escogidas e indispensables para entender el texto. Solo reprochar que algunas figuras sean tan pequeñas, casi miniaturas, pero comprendo que hacerlas todo lo grandes que a algunos nos hubiera gustado hubiera implicado casi duplicar el número de páginas.

También hay que decir si se hubiese repartido el manuscrito en varios volúmenes, coincidiendo con los capítulos, tal vez el compendio hubiese sido más “portable” y manejable -el libro ronda los cuatro kilos y eso que es de cubierta blanda. Si lo subdividiésemos aún más, para que se entienda la entidad verdadera de la obra sin hacer pensar que estoy exagerando, cada epígrafe podría ser un artículo independiente. Editado de otro modo, con imágenes y letra más grandes, podría perfectamente convertirse en una enciclopedia sobre la Protohistoria del Cantábrico. Pero la dimensión de la obra, no obstante, es causa también de que se hayan colado ciertas erratas: revisar una prueba de imprenta tan inmensa debe ser tarea faraónica. Debería repasarse este problema en futuras reediciones -ya está impresa la segunda edición a fecha de hoy.

Bien es verdad que esta obra es la sublimación de otra (en dos volúmenes), que la precede: “La Economía de la Hispania Atlántica”, publicada por la editorial Toxosoutos en castellano y gallego. Asimismo, son sus firmes raíces artículos científicos en los que, solo o en compañía de otros expertos, el autor habla brevemente de algunos de los temas que aquí amplía, enlazando con todos los aspectos de la vida de las gentes que poblaron la parte Norte de la Península

Ibérica en ese cajón de sastre cronológico que gustamos de llamar Protohistoria. En consonancia con su empleo de bibliografía procedente de muchos otros campos relacionados con la arqueología (Geología, Geografía, Etnografía, Etnohistoria, Historia Oral, etc.), tanto al principio como en las conclusiones el autor deja claras sus bases epistemológicas: “la escalera de Hawkes” y la “Teoría de Sistemas”; dicho de otra forma, Torres ha tratado de integrar dos aproximaciones clásicas ya de nuestra profesión, el historicismo y el procesualismo.

Entre los múltiples yacimientos ibéricos y de otras partes de Europa que analiza el autor destaca Monte Bernorio (Villarén, Palencia), dado que es el sitio arqueológico y entorno en el que lleva casi una década trabajando. Es un honor que algunas de las láminas que yo mismo he realizado como miembro de su equipo -firmadas como “Equipo Monte Bernorio”- aparezcan en las páginas de este libro, aunque, por otro lado, echo de menos un mapa, tal vez a doble página, en el que se haga inventario de la totalidad de las ubicaciones referidas, matizada su cronología. También me hubiera gustado disponer de más fotos de satélite y planos de aéreas de yacimientos, donde se destaque sobre una imagen real y no sólo sobre el plano su morfología y sus sectores. A día de hoy, gracias a las herramientas interactivas disponibles (*Google Maps, SigPac, etc.*), los arqueólogos tenemos hasta la obligación de “abusar” de ellas.

Rindiendo honor a su forma de trabajar, Torres-Martínez critica a los estudiosos que tienden a fijarse solo en un único aspecto de la cultura, a esos investigadores que no entienden cada elemento de una cultura como parte de un sistema y también a los que no emplean todos los medios disponibles para acercarse con solidez al conocimiento del pasado. Las páginas son también un alegato contra aquellas voces que, empezando por los propios autores clásicos y terminando por muchos especialistas aún en activo, gustan de mencionar la palabra “atraso” para referirse a los pueblos protohistóricos nortefios. Dejando atrás y fuera de debate los prejuicios etnocéntricos, el autor nos convence de que en muchos aspectos, las estrategias de los pueblos que protagonizan el libro estaban en paridad con las de griegos y romanos contemporáneos.

Desde el principio se habla de un área incluida en la cultura del Bronce Atlántico, pero también in-

fluida por el Mediterráneo, de un pasillo de comunicación cultural donde resulta insostenible hablar de aislamiento. Se hace evidente que hubo ideas, tecnologías y manufacturas que circulaban por toda Europa, no siendo a ellas ajeno el Cantábrico y el norte de la Meseta. Pero la descripción ecológica del Cantábrico es indispensable para entender la interesante idea de cómo las gentes de la Edad del Hierro explotaban satisfactoriamente todos y cada uno de los distintos nichos –distintos vertical y horizontalmente–, siendo ésta la clave de su éxito adaptativo. Muchas de las estrategias empleadas en la Protohistoria han sobrevivido hasta el siglo XX por no haberse encontrado en dos mil años técnicas mejores ni más eficientes. Son los “fenómenos de larga duración” a los que constantemente alude Torres-Martínez y es por ellos por lo que resultan tan útiles la Etnoarqueología y la Etnohistoria como fuente de información.

Qué especies vegetales y animales había en el pasado, las formas de pastorear y cultivar a las domésticas, cómo se hacía el queso, cómo la mantequilla, cómo se molía el cereal, las ventajas e inconvenientes que tienen los hórreos respecto a los silos, cómo se hacía la cerámica desde la misma extracción del material, cómo se trabajaba el metal, técnicas de navegación y modos de desplazamiento por tierra, la talla de la madera, cómo se obtenía agua... Y una más larga lista de respuestas a preguntas que no ha lugar aquí. Sólo indicar que toda actividad, su existencia efectiva en el pasado y no sólo en momentos históricos más recientes, está asentada en ejemplos arqueológicos de la zona o de otros puntos análogos del resto de Europa. El texto tiene como intención que hasta el más radical urbana pueda sacar provecho conociendo cómo se obtenía el sustento antes de la industrialización. Como resultado, tras leer un libro que es “científico”, al lector le quedan retenidas imágenes evocadoramente claras de cómo era la gente del pasado. El mérito aquí no son sólo las ilustraciones, sino sobre todo los contenidos que nos hacen casi ver con los ojos poblados llenos de vida, de gente desarrollando sus actividades cotidianas.

El poblamiento de la zona se estructuró al principio (Primera Edad del Hierro) mediante el asentamiento fortificado en altura o “castro” con establecimientos agropecuarios más pequeños. Después (Segunda Edad del Hierro) mediante una entidad mayor, protourbana, conocida como “*oppidum*”, que controla un territorio grande y el acceso a recursos y rutas exhibiendo un importante poder militar. Todo ello tal y como ocurre en otras partes de Europa, aunque un poco antes en la Península Ibérica tal vez. Esta relación entre el Cantábrico y la Europa Atlántica es clave durante todo el libro, asu-

miéndose, con sus obligados matices, para todos los aspectos de la idiosincrasia. El libro también aborda el especialmente complicado tema de la organización social, dibujando a familias de estructuras gentilicias insertas en un contexto en el que están universalizadas las relaciones vecinales como una de las principales claves del sistema social. Entran en juego redes de reciprocidad positiva, siendo todo ello coherente con la estructuración protourbana a la que llega el área antes de su choque con Roma. Con el desarrollo de los *oppida* se refuerzan estos tipos de relación gentilicia y se hacen más luengos los espacios de explotación vecinal.

En estrecha relación con las actividades enumeradas en los apartados sobre economía, queda la idea de que la sociedad estaba estructurada a partir de la división sexual y de edad, quedando marcados los ritos de paso. Como ocurre dentro de sociedades agroganaderas con parecido patrón socioeconómico, el ámbito femenino es el del interior de la estructura familiar y el masculino el exterior, muy centrado en la guerra. Al mundo militar se le dedica un grueso capítulo: no sin razón todo hombre adulto era, por definición, un guerrero y en la guerra estaba, sobre todo para algunos grupos, una de las principales actividades económicas. En el libro se indica no sólo cómo muta la panoplia de armas o las tácticas cuando los pueblos del Norte entran en contacto con los ejércitos romanos –primero como fuente de mercenariado aliado y después como enemigos enconados–, sino también cómo se readapta su sistema tradicional a todos los niveles debido a esta impactante relación.

Torres no piensa que en el Cantábrico protohistórico existiese una sociedad matriarcal, sino que estaba dirigida por la figura masculina y basada en rasgos aristocráticos y guerreros. El prestigio guerrero es la principal herramienta de promoción social. Las asambleas y los consejos elegían las jefaturas y según avanzaba la II Edad del Hierro se van gestando los *princeps* paralelamente al desarrollo de los *oppida* y a la unión de pueblos en las etnias que nominan las fuentes. Pero Torres deja siempre claro que son estructuras en constante renegociación y reformulación.

La religión de los pueblos del Cantábrico en la Edad del Hierro se enmarca contextualmente dentro del mundo celta, basada en el medio ambiente y las fuerzas de éste en su relación intrínseca con la explotación agroganadera. Los mismos nombres de dioses, las mismas atribuciones y, sobre todo, la misma lógica, plasmada materialmente y obtenidas sus pruebas de las excavaciones arqueológicas. Del extenso capítulo sobre religión me gustaría poner como ejemplo el punto sobre el druidismo: pese a ser un tema muy distorsionado por el mito, los es-

tereotipos y la pseudociencia, Torres lo resuelve sin problemas. Valiéndose sobre todo de alusiones en las fuentes, trata el caso dentro de la totalidad de la geografía en la que está documentado, no sólo comentando las puntuales pistas que de sacerdotes existen en la Península Ibérica. El autor considera que, aunque nadie los llamase “druidas” o “bardos”, los especialistas religiosos que hubo en la vertiente Atlántica de la Península son parte del mismo fenómeno cultural. Parte crucial que interrelaciona lo funcional que tiene el ámbito de la producción con la carga ideológica es el desarrollo sobre el calendario celta y la concepción del cosmos y del mundo que éste implica. Todo ello, aunque farragoso para los lectores no iniciados, se amplía de forma gráfica. Tanto este tema concreto como para muchos otros de su libro, el autor demuestra cierta maestría a la hora de diseñar esquemas, croquis y tablas, sin los cuales confieso que me habría costado mucho más comprender ciertas cosas.

El apartado de conclusiones se presenta no a modo de mero epílogo de despedida, sino para resumir algunas de las principales ideas que se extienden en las más de quinientas páginas que lo preceden.

No obstante, como se dice explícitamente, la lectura de este capítulo no puede suplir la lectura del libro, pues de no hacerlo nos perderíamos una cantidad casi faraónica de datos, tanto o más útiles que las conclusiones.

Como recensor -y con toda la objetividad que me permite destilar y apartar en estas líneas y en la medida de lo posible mi condición con respecto al autor de antiguo alumno, compañero y amigo-, recomiendo la lectura íntegra del libro (para los “valientes”) o la consulta de algunos de sus bien definidos epígrafes. Estrabón llamaba a los pueblos del Cantábrico “montañeses”. Precisamente, Torres-Martínez dedica el libro “a todos los montañeses”. Creo que todos ellos y ellas, tanto los de la Edad del Hierro como los de otras épocas, han de sentirse orgullosos y orgullosas de obras como ésta.

Santiago David Domínguez-Solera  
ARES Arqueología y Patrimonio Cultural-Equipo  
Monte Bernorio  
cazadorrecolector@hotmail.com

**Fernando Fernández Gómez. *El poblado fortificado de “El Raso de Candeleda” (Ávila): el núcleo D. Un poblado de la III Edad del Hierro en la Meseta de Castilla***  
**Universidad de Sevilla-Institución Gran Duque de Alba-Real Academia de la Historia**  
**Sevilla, 2011. ISBN: 978-84-472-1283-5.**

Este libro recoge los resultados de las últimas diez campañas de excavaciones arqueológicas emprendidas por el autor en el yacimiento prerromano de El Raso de Candeleda (Ávila). Esta nueva memoria de excavaciones se centra en el análisis del núcleo D del poblado fortificado, área de unos 4000 m<sup>2</sup> situada en la cumbre de la colina sobre la que se asienta el yacimiento, donde se han descubierto un total de 27 construcciones y 9 calles. Con esta publicación su autor cumple, según sus propias palabras, con “uno de los deberes más inexcusables de todo arqueólogo, dar a conocer el fruto de sus investigaciones” (p. 11). Lamentablemente esta obra ha visto la luz once años después de su finalización por parte de Fernández Gómez, como puede ser fácilmente comprobado a través de la fecha indicada al final de la presentación del libro; coincidiendo con el 40 aniversario del inicio de sus trabajos en el yacimiento. Esta circunstancia ensombrece en par-

te el gran trabajo realizado por su autor, al quedar desactualizada la bibliografía manejada y no haber podido así incorporar en su análisis las novedades procedentes de los trabajos arqueológicos llevados a cabo en los últimos años en diversos yacimientos de la Edad del Hierro en la zona occidental de la Meseta (p. ej. Chapa Brunet *et al.* 2007; Álvarez-Sanchís *et al.* 2008; González-Tablas Sastre 2008; López Jiménez y Martínez Calvo 2009).

La obra aquí comentada sigue la misma estructura de las anteriores memorias de excavación de El Raso publicadas por Fernández Gómez (1986, 1997). Básicamente podemos dividirla en cuatro partes de extensión desigual. La primera de ellas comprendería la introducción, en la cual se hace un breve repaso a la evolución del poblamiento protohistórico en el término municipal de Candeleda (Ávila) y a los trabajos arqueológicos realizados en los diferentes yacimientos localizados en dicho